

## VIRGILIO Y EL *DICCIONARIO DE AUTORIDADES*

En el primer diccionario académico, llamado “de Autoridades” (*Dice. Aut.*)<sup>1</sup> la “Lista de autores elegidos por la Real Academia Española para el uso de las voces y modos de hablar” (que corresponde a la nómina de “autoridades” que solía acompañar semejantes obras), incluye el nombre de Virgilio entre “los autores en verso desde 1500 a 1600” por haberle colacionado en la traducción de la *Eneida* de Gregorio Hernández (de Velasco). Ésta, que fue la primera traducción española completa en verso<sup>2</sup> del poema virgiliano, figura entre otras de clásicos: de la *Ilíada* y la *Odisea* (del latín) de Gonzalo Pérez, de los *Moralia* de Plutarco (del griego) de Diego Gracián, de Ovidio de Antonio Pérez Sigler, de Séneca de Pedro Fernández Navarrete, de Tácito de Antonio de Herrera, de Apuleyo de Alonso de Fuentes, de Plinio de Jerónimo de Huerta.

De todas ellas la que se cita con más frecuencia es esta última. De las de Virgilio se hizo al parecer poco uso, como lo anticipa ya el hecho de no incluirse la mencionada versión de la *Eneida* (*E*) en el índice de las abreviaturas (aunque luego aparezca como *Hern. Eneid.*).

<sup>1</sup> Su título completo es *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad con las frases o modo de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua... compuesto por la Real Academia Española* (Madrid, 1726 y 1739); hay ed. facs. (Madrid, 1961-1963). De la bibliografía señalamos: C. CREMONESI en A. VISCARDI *et al.*, *Le prefazioni ai primi grandi vocabolari delle lingue europee*, Varese, Milano, 1959, pp. 323-354, esp. desde la p. 343; F. LÁZARO CARRETER, *Crónica del Diccionario de Autoridades*, Madrid, 1972 y *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, CSIC, Madrid, 1949 (Anejo de la *RFE*, 48).

<sup>2</sup> La primera versión salió anónima en Toledo en 1555; hubo otra rehedida en 1574, y ambas tuvieron múltiples reimpressiones. Véase nuestro ensayo de próxima aparición en la *Enciclopedia Virgiliana*, Roma, 1984.

El nombre de Virgilio campea bajo los lemas de *bucólica* (*B*) y *égloga*, tradicionalmente relacionadas con su más insigne representante (el segundo de los dos artículos comprende también la definición de Herrera en su Comentario de Garcilaso<sup>3</sup>), pero ha desaparecido del artículo *agricultura* (en el que era de rigor el recuerdo de las *Geórgicas* [*G*]). Tampoco se aduce *s.v. heroico*, que era el adjetivo con que se designaba el poema épico por antonomasia (aunque sí se menciona el hexámetro).

En el cuerpo de la obra la presencia del Mantuano es más bien indirecta: bajo el lema de *almodrote* aparece mencionado el Moreto en una cita de la *Gatomaquia* de Lope (bajo el seudónimo Tomé de Burguillos<sup>4</sup>). Otras alusiones habrán de buscarse en las frecuentes citas del comentario de Herrera sobre Garcilaso ya mencionado.

Los académicos se proponen ilustrar la voz española y no la latina: *tropheo*, por ejemplo, lo ejemplifican con el pasaje siguiente de la mencionada versión de Hernández:

De las armas, y arnés despojo suyo  
Terná un tropheo insigne un roble tuyo

y luego con una cita de Lope: “Osó llevar las campanas por trophéos”, como demostración del arraigo del término en español (que también podría ilustrarse con otras citas a lo largo de la obra). En el pasaje virgiliano que Hernández había traducido, *E* 10.423, no aparece *tropaeum* sino *exuviae* (“Haec arma exuviasque viri tua quercus habebit”). También Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* había ilustrado *despojo*, pero en correspondencia con *exuviae*, que aparece en la cita de *E* 11.7-11, que allí aduce.

Véanse asimismo los dos pasajes siguientes de las Églogas virgilianas de Encina en su *Cancionero*, una *s.v. membranza* en los vv. 1.65-72:

Muchas veces he membranza  
del Cielo venir señales,

<sup>3</sup> Citamos de *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, ed. A. Gallego Morell, Madrid, 1972, p. 422. El juicio negativo de Herrera sobre Juan del Encina, a quien juzga “infacetísimo” (p. 474), no obstó para su inclusión entre las autoridades, como veremos a continuación.

<sup>4</sup> A saber: “Quando escribió el Moreto, que en la lengua de Castilla decimos *almodrote*”. (Conservamos la [m] porque no hemos visto el *Moreto* citado por el término correspondiente en español, antes de la versión de Eugenio de Ochoa, Madrid, 1869).

que nos daban figuranza  
de la malaventuranza  
de nuestras cuitas e males

que representan una adaptación, muy a la manera de la poesía cancioneril, de *B* 1.16-17 “Saepe malum nobis. . . / de caelo tactas memini praedicere quercus”; la otra, *s.v.* *tomillo*, más ajustada al texto poético, dentro de las posibilidades de dicha poesía, en los vv. 7.91-95:

Dulce me eres, Galatea,  
más que miel de tomillar,  
blanca más que el cisne sea,  
más hermosura a ti assea,  
que a qualquiera hiedra albar

donde el original reza en *B* 7.37-38: “Nerine Galatea, thymo mihi dulcior Hyblae, candidior cycnis, hedera formosior alba”.

Tras la rica cosecha de léxico y pasajes que al redactar nuestro estudio sobre Virgilio en la lexicografía española entresacamos del *Lexicon* de Nebrija (1492)<sup>5</sup> y del *Tesoro de la lengua española o castellana* de Sebastián de Covarrubias (1611)<sup>6</sup>, no podemos esperar nada semejante de una obra cuyo propósito es el de informar al lector acerca del significado de las palabras (y frases) españolas y de ilustrar su uso en los autores “aprobados” de la lengua propia.

Sin embargo, al ser reemplazado el Mantuano por los “modernos”, no podría no dejar algún rastro en un Diccionario que se alineaba con el de Covarrubias por dos conceptos; de un modo que podríamos llamar extrínseco por lo que le queda de bilingüe: *Dicc. Aut.*, aun tras la supresión de las citas latinas, conserva algo de la *copia verborum* que solía incluirse en los diccionarios de lenguas vulgares; de un modo intrínseco en cuanto que los académicos al integrarse *volentes nolentes* en una tradición lexicográfica en que Virgilio había tenido una extraordinaria importancia, se acogían al modelo de la cita de autores consagrados, que en este caso, según el concepto dieciochesco, eran escritores renacentistas

<sup>5</sup> O sea del *Lexicon ex sermone latino in hispaniensem* que Nebrija presenta como anticipo de un *magnum opus* recopilado “de cuatrocientos muy aprovados autores” (entre ellos, por supuesto, Virgilio), sobre cuya presencia virgiliana escribimos en un ensayo de próxima aparición en *Emerita*.

<sup>6</sup> Véase nuestro ensayo de próxima aparición en *BRAE*.

y barrocos, fuertemente condicionados por la cultura clásica grecorromana.

Como repertorio ampliado de palabras y frases castellanas *Dice. Aut.*, por otra parte, se presta para aquilatar las posibilidades (progresivas o regresivas) de verter Virgilio al español, y también de ejercer la retroversión del español al latín, mientras se cultivó la imitación en versos latinos.

Nuestro cometido será, pues, múltiple: queremos señalar algunas huellas que dejaron en *Dice. Aut.* las citas virgilianas (y de sus comentaristas), cuya identificación es en todo caso necesaria para la exégesis y comprensión del propio texto académico; señalar lo que comporta la supresión de las citas virgilianas en los artículos cuyos lemas podían definirse más objetivamente por la descripción de la cosa, e inaugurar la comparación de las citas de autores españoles con las virgilianas que remplazaban para la documentación literaria.

Según ya sugeríamos, Virgilio como autoridad universalmente reconocida, pero no por esto menos discutida por comentaristas y exégetas, había formado parte de la lexicografía latina, y de rechazo también de la española, mientras ésta incorporó el diccionario latino como elemento constituyente. No nos referimos ya al *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia (1490), vocabulario latino traducido al español en columna paralela, para beneficio sobre todo de los eclesiásticos, sino al *Vocabulario* de Nebrija (1492)<sup>7</sup>, para la parte en que representa una retroversión del *Lexicon latino-español*, y ya más cerca el *Dicc. Aut.*, al *Tesoro* de Covarrubias, en el que tantos lemas españoles sirven de entrada para la explicación de palabras latinas o de acepciones exclusivas de éstas, sin mencionar las muchas definiciones sacadas tal cual del *Dictionarium* de Ambrosio Caleppio o "Calepino" y de otros léxicos.

Tomaremos, pues, el *Tesoro* como punto de partida y término de comparación fundándonos en la consabida autoridad que le otorgan los académicos, aun teniendo acceso ellos también a otras fuentes, entre las que se incluye el propio "Calepino" (cf. p.ej., s.v. *cuerno*).

La huella de Virgilio podrá espigarse en primer lugar entre los equivalentes latinos de las palabras españolas en los respectivos artículos; cf., por ejemplo, *capillos stare* s.v. *despeluzar* que nos

<sup>7</sup> La ed. facs. de la RAE, 1951, lleva la fecha de "1494?"; el catálogo del Museo Británico consigna el mismo título en una ed. en que aparece junto al *Lexicon*: Salamanca, 1492.

recuerda *E* 2.774 “steterunt comae” de la cita que incluía Covarrubias.

Para la huella intrínseca señalaremos dos lemas; uno entre latino-español, que coincide con el *Tesoro* también en la forma, *alma* (a cuyo propósito *Dice. Aut.* puntualiza: “usado casi siempre en terminación femenina”; Covarrubias citaba la invocación inicial de *G.*, 1.5-7 “alma Ceres”); otro romance, aunque no propiamente castellano (cf. *DCECH*), que se distribuye entre *aglayo*, *aglayarse* y *aglayado*, con la iterada especificación de “es voz anticuada”. Posiblemente su conservación se deba a la autoridad de las citas virgilianas que acompañaban *aglayo* en el *Tesoro*, y que ya allí pudieron ser la causa de la presencia del insólito lema (junto al recuerdo del ital. *sbarbagliare*). Covarrubias aducía *E* 2.120-121 “Obstipuerunt animi, gelidusque per ima cucurrit / ossa tremor”, que es uno de sus versos favoritos (aparece también bajo *grima*) y *E* 3.29-30 “Mihi frigidus horror / membra quatit, gelidusque coit formidine sanguis”.

En segundo lugar aludiremos a la influencia que el Mantuano puede haber tenido en las indicaciones que *Dice. Aut.* ofrece sobre el origen de las palabras.

Huelga recordar que Virgilio era traído a colación como autoridad explícita para la etimología; o más bien paraetimología, deducida de sus propias palabras (como cuando en *G* 3.280 indica que los pastores hablaban de *hipómanes* “proprio nomine”), o del testimonio que se creía ver en sus versos acerca del pretendido origen o composición de la palabra (recuérdese Calepino: *apes* < *a pes* “quod sine pedibus nasci videtur dicente Virgilio” *G* 4.310 “Trunca pedum primo composita. . .”). Por lo cual, cuando en *Dice. Aut.* leemos “seda. . . sale del latino *sericum*” habremos de recordar el *Tesoro*, con el pasaje virgiliano que allí se aducía de *G* 2.121:

este nombre se le dieron los seres, pueblos de la Scitia, cerca de los quales se crían unos árboles que no sólo dan hoja pero también una especie de lana muy delgada y suave, de que haze mención Virgilio: “Velleraque ut foliis depectant tenuia seres”.

Lo mismo podemos hacer para *aglayo* respecto a *glaciés*, *almodrote* respecto a *moretum*, *enhadar* respecto a *fastidire*, y otros, que Covarrubias acompañaba de pasajes virgilianos; y también para otras etimologías que se hallan más cerca de la realidad, o coinciden con ella como la del ya citado *almus*, cuya explicación com-

porta el origen latino, ya indicado por los comentaristas: “cosa santa, hermosa, apacible, y que sustenta como Madre, y por consiguiente que es muy amada”. Nebrija había registrado “*alma*: cosa criadora” y Covarrubias *s.v. Ceres*: “fue dicha *alma* quia nos alit”.

Para *tienda*, cuya definición reza aún hoy en el Diccionario académico como “pabellón de campo”, *Dicc. Aut.* sigue dando como étimo *tentorium*, que en el *Tesoro*, aparecería ilustrado por *E* 2.29 “Hic saevus tendebat Achil(1)es”.

Pero el más significativo es el caso de *ordeñar*, que aún hoy *DCECH* relaciona con lat. *ordinare* como término del pastoreo, pero cuya definición resumida del *Tesoro*, corresponde más de cerca a la explicación circunstanciada que allí se aduce; a saber: “se dixo assí, porque se debe sacar la leche con orden y regla, dexando porción de ella con que sustenten su cría”. De este modo, seguía explicando Covarrubias, no se incurriría “en lo que se imputaba al pastor virgiliano”, *B* 3.5-6, “Hic alienus oves custos bis mulget in hora, / et sucus pecori, et lac subducitur agnis”.

El deslinde entre el español y el latín, en *Dicc. Aut.*, aunque más neto que en el *Tesoro*, admite todavía afirmaciones como la que leemos en “*casa*: es la misma voz latina *casa*, que aunque significa choza o casa pajiza, se ha extendido a cualquier género de casas”; “*casa pajiza*” estaba en el *Lexicon* de Nebrija, y la cita ilustrativa en el *Tesoro* era *B* 2.28-29 “. . . humiles habitare casas . . .”, introducida allí con “Virgilio las llamó habitaciones humildes”.

Por la estrecha relación entre la “etimología” y la “sustancia” de la cosa, en el *Tesoro* se leía, por ejemplo: “*Cercar*: del verbo latino *circumdare*; y propiamente se dice de las ciudades, porque las formavan en figura de cerco”. *Dicc. Aut.*, en cambio, saca *cercar* de *cerco* y pone “circunvalar” en segundo lugar entre los términos equivalentes, tras independizarse de las citas de *E* 1.367-368 y 9.153. Pero la independencia no es tanta como para evitar que el Diccionario académico, como heredero de la lexicografía latina con o sin la mediación de Covarrubias (piénsese en el *Thesaurus linguae latinae*, de Celio Segundo Curione, Basilea, 1561), ponga ciertas “conjunciones” de las palabras con sus complementos eligiendo éstos según el patrón recibido; así por ejemplo, “*contar*: numerar alguna cosa, como contar dinero, contar ganado” donde “contar el ganado” (más bien que otra cosa que hubiese podido nombrarse) es lo que queda de la cuenta que casi dos milenios antes echaban el padre y la madrastra de Menalca en *B* 3.33-

34: “Est mihi namque domi pater, est iniusta noverca:/ bisque die numerant ambo pecus, alter et haedos” en la cita aducida por Covarrubias.

Virgilio, desde antiguo “subiectus grammaticae”, había pasado a la lexicografía por mediación de los glosadores y escoliastas, a los que se unen los recopiladores más recientes. Así, a propósito de *E* 4.419 “Hunc ego si potui tantum sperare dolorem”, el Calepino hacía notar que *sperare* es contrapuesto por acyrología a su uso normal: “nam speramus bona, timemus mala” (la observación la había hecho Servio; luego la había repetido Isidoro). Covarrubias parafraseaba “*esperar*: latine *sperare*, aguardar el suceso de alguna cosa buena, porque la mala antes la tememos que la esperamos, aunque de ordinario esso mesmo que esperamos tememos por su incertidumbre, vacilando una vez con el temor y otra con la esperanza”; luego, tras citar a Terencio “in spe et timore”, que no está en el Calepino, había agregado, con uno de esos virajes que le son propios y con el deslizamiento del latín al castellano: “sin embargo de todo esto, abusivamente dezimos *esperar la calentura*, aunque no desseamos que venga, y *esperar la muerte*, que naturalmente la tememos; lo mesmo acaece entre los latinos”; sigue la cita virgiliana que había desencadenado todo el razonamiento. *Esperar la calentura, la muerte*, pasa a *Dicc. Aut.* como lema propio, con la misma observación: “se dice abusivamente”, a pesar de que acababa de explicar *esperar* (3) ‘aguardar’ (como lat. *expectare*, que también Isidoro había mencionado por contraposición).

También en la interpretación semántica de las palabras deja un rastro Virgilio porque la eliminación de las citas no trae siempre consigo la consiguiente transformación del tenor de los artículos. Entre las equivalencias que extrañan en *Dicc. Aut.* aparece la de *ladron*: “Se llama assimismo el que sale a herir al través, como suele hacer el montero, que espera en algún puesto la fiera. Tráhele en este sentido Covarrubias en su *Thesoro*” (para más abundamiento los académicos agregan la correspondencia con lat. *transversarius percussor*); tan insólita acepción, tomada del *Tesoro* (y por éste del Calepino), se funda en *E* 12.7-8, donde Virgilio hace un uso especial de la palabra *latro*: “Fixumque latronis/impavidus leo frangit telum”.

Una restricción semántica insólita se da asimismo para *ladrar*: “Por semejanza vale amenazar con palabras, sin acometer. Tráhele Covarr. en su *Thesoro*”. Allí la limitación se le recrecía al verbo por el contexto, “conforme al proverbio «Perro ladrador, poco

mordedor»”, partiendo de *B* 3.18 “Multum latrante Lycisca”; en efecto, el perro del pastor, según recordaban los comentaristas, ladra mucho pero no muerde.

La cita virgiliana podía no ser determinante para la palabra española, pero contribuía a conferirle una trasparencia que en sí ya no tiene, como en el caso de *hoz* cuando en el *Tesoro* aparecía *E* 6.273 “Vestibulum ante ipsum primisque in faucibus Orci”. Habría que ver si la explicación “*hoz* (2): la angostura de algún valle profundo”, en *Dice. Aut.*, que indica por el *Tesoro* la correspondencia con lat. *faux* evocaba todavía el sentido de la voz latina, en una época de estrecha simbiosis con la lengua madre.

También en esto hemos de observar que la descripción de las acepciones que *Dice. Aut.* aparta como traslaticias cuadra a veces mejor al uso que hace Virgilio en la cita suprimida del artículo correspondiente, que a la que se inserta del autor español. Véase, p. ej., del verbo *aullar*: “También decimos *aullar* la criatura racional, cuando sin formar palabras saca del pecho un gemido agudo, y constante, que parece remedar al lobo, o al perro”, traducido del *Tesoro*, donde se leía con el *Calepino* *ul* (*l*)*ulare*, “flebilem et maestum sonum (a)edere in ore luporum”, con la reproducción de *G* 1.485-486 “et altae per noctem resonare lupi *ul*(*l*)*ulanti*-*b*us *urbes*” y de *E* 4.166-168 “summoque *ul*(*l*)*ularunt* in vertice *Nymphae*”. El “gemido agudo y constante” difícilmente puede aplicarse al pasaje de los *Morales* de Plutarco en la versión de Diego Gracián, “así parece que aúllan quando hablan”, donde el autor opone *ladrar* a *hablar*.

Algunas de las solidaridades que se señalan bajo el concepto de uso traslaticio llevan también la marca virgiliana; así la de *afear* (1), relacionada con el rostro como objeto directo propio, lo que podría tener un fundamento ocasional por la amplitud en el uso del verbo, pero no concuerda con los pasajes que se aducen luego, ya que en el de Gracián, *afear* se usa como absoluto, y en el de Cervantes el objeto es genéricamente la persona<sup>8</sup>. En el artículo correspondiente del *Tesoro* participábamos con Eneas en la impresionante visión de Héctor cual se le apareció entre sueños

<sup>8</sup> Cf. el *Universal Vocabulario* que equipara *afear* a lat. *denigrare*, como también hace aquí, pero en *afear* (2), donde da el sentido “metaphórico”. *Afear* aparece como complemento directo de persona en las églogas virgilianas de Juan del Encina hablando de Adonis, a quien el Mantuano llama *B* 10.18 *formosus*; Encina lo parafrasea diciendo que las ovejas (10.56) “no le afean”. El castellano medieval conoció *desfeare* con *fermosura* como complemento interno; cf. *Libro de buen amor* 1548a.



la noche en que fue destruida Troya: *E* 2.285-286: “Quae causa indigna serenos / foedavit vultus?”

En el mecanismo de la traslación y de las solidaridades que se predicán, se da en un caso entre el *Tesoro* y *Dice. Aut.* una diferencia que hace más aplicable la cita virgiliana suprimida en este caso, *G* 2.59: “Pomaque degenerant suecos oblita priores”, que en el *Tesoro* venía en segundo lugar, tras explicar *degenerare* por “derivación” como equivalente a “*A genere decidere, deflectere*, cuando se desdize de la nobleza de sus antepasados”. Los académicos rechazan esta aplicación, especificando (según su credo iluminista) que “en buena filosofía, el ser es primero que el obrar, y los hombres aunque degeneren de sus mayores, no pierden en lo natural y físico, dexando solo de corresponder a su nobleza en lo moral”, y ponen en primer lugar el “transfiérese a las plantas . . .” que Covarrubias había dejado para el segundo: “lo qual se entiende rigurosamente de algunas plantas y semillas, que trasplantadas suelen perder de su naturaleza, por razón del nuevo terreno u clima; y también puede suceder por el transcurso del tiempo”.

Sin entrar en la historia de las palabras, si nos fijamos en las solidaridades, por ejemplo, de *erizar* hemos de reconocer que *E* 2.774 “steteruntque comae . . .”, al que ya aludíamos arriba, está más cerca del uso español que el sentido que tanto Covarrubias como los académicos le atribuyen de “levantar y poner tiesa alguna cosa como hace el erizo con sus púas”, y a la acepción de “encrespase” que indica *Dice. Aut.*, con la cita de la *Gatomaquia* de Lope: “Y durmiendo el invierno, quando eriza / los cabellos el hiel”. Agregamos de paso que *erizar*, dicho del cuello, que *Dice. Aut.* ilustra *s.v. erizado* con las palabras de Antonio de Mendoza, “el voraz rugiente, altivo, / sañado erizado cuello” hubiese podido ilustrarlo con la versión libre de Hernández de Velasco “eriza y juega el vedijoso cuello”, *E* 12.6-7 “comantis excutiens cervice . . .”.

Por otra parte, no dejan rastro en *Dice. Aut.* lemas que hemos reconocido como latinizantes en el *Tesoro*, del tipo de *dolo*, cuya presencia en el diccionario más antiguo atribuimos a la autoridad del Mantuano y de sus imitadores españoles. Se han separado lemas que en el *Tesoro* iban incluidos en un solo artículo como *choro* y *corro* (éste con la cita de *E* 6.516-517), o se unían por el supuesto origen del uno respecto al otro, como *malino* y *maleza*: “Espesura baxa del monte, que impide poder atravesar por él”, lo sacaba Covarrubias no sin violencia, de *G* 2.179: “Difficiles primum te-

rrae collesque maligni”. Se han eliminado etimologías abstrusas, como la de *año* < *annus annulus* (con el Calepino, y éste con Servio), por la imagen del ciclo del tiempo en *G* 2.402 “atque in sua per vestigia labitur annus”. Se da la acepción más usual, como en el caso de *golfo*, dejando para el segundo lugar la que indicaba como propia Covarrubias: “Se toma latamente por toda la latitud del mar” (ilustrada allí con *E* 3.192-193 “Postquam altum tenuere rates, nec iam amplius ullae / apparent terrae, coelumque undique, et undique pontus”); han desaparecido las explicaciones que en el *Tesoro* cuadraban únicamente al término latino correspondiente al romance (cf. para *cesto* *E* 5.401 *caestum*), o a una de sus acepciones (cf. *cuña*, que incluye *cuneus* de teatro, por *E* 5.664-665); se hace caso omiso de la interpretación escatológica que el canónigo conquesense aceptaba de su fuente para *membri-llo* (*B* 3.65 “Malo me Galatea petit, etc., et se cupit ante videri”, leído con Juan Belano Goropio en su *Vertumnus*<sup>9</sup>); se ilustra el uso de los nombres de las figuras retóricas y no su contenido bajo *metaphora* (Covarrubias aducía *E* 6.1 “Classique immittit habenas”) y *metalepsis*, agregado por *Dicc. Aut.*, bajo el cual remite a Herrera sobre Garcilaso, *Égl.* 2.414-417, cuyo texto, según el comentarista, reflejaba *B* 2.66-67 con inversión de causa y efecto (“las sombras”). Se eliminan los nombres propios, incluso algunos que el uso puede equiparar a los comunes, como *amazona(s)* y *furia(s)*, pero se incluyen *cyclope* y *harpía(s)*<sup>10</sup>; es más, el relieve que *Dicc. Aut.* da a Polifemo, *s.v. cyclope*, no es propio del léxico, y sí de la conexión virgiliana del *Tesoro* respecto a *E* 3.640-645.

Al renunciar casi del todo a los nombres propios se ha suprimido también la íntima ligazón para con los comunes debida a la visión “etimológica” y a la atención a las transformaciones o metamorfosis, tan del gusto de los antiguos (y de las letras y arte del siglo xvii), y se reduce o elimina del todo la simbiosis entre lo mitológico y las creencias cristianas que había caracterizado al *Tesoro* y a la época barroca en general.

Por lo demás, entre la figuración pagana y la cristiana predomina ésta; por ejemplo *luna*, que en el *Tesoro* había evocado las tres caras de Diana con *E* 4.511 “Tria virginis ora Dianae”, obtiene en *Dicc. Aut.* una definición en parte teológica y en parte impresionista: “El menor de los dos luminares que puso Dios en

<sup>9</sup> Cf. *Opera*, Basilea, 15... , F. 75.

<sup>10</sup> Huelga advertir que *ciclope* era llano; así lo señala expresamente con tilde Fernando de Herrera en su *Comentario de Garcilaso* (Sevilla, 1580).

el cielo para que presidiese la noche”<sup>11</sup>. La misma preferencia se da entre los términos y usos traídos del pasado, cuando en el *Tesoro* se codeaban la ilustración clásica y la religiosa o eclesiástica; así para *tirano* como “cualquier Príncipe”, *Dicc. Aut.* remite a la Biblia, haciendo caso omiso del uso latino que Covarrubias deducía de *E* 7.266 (sobre su uso entre negativo y positivo en poesía volveremos más abajo).

La conciencia del origen de las palabras adoptadas en la época clásica (aunque hubiesen aparecido esporádicamente en el siglo xv, como el ya citado *trofeo* o *espectáculo*) obligaba a *Dicc. Aut.* a ser un diccionario también arqueológico, pero se eliminan consideraciones que atañen exclusivamente a la antigüedad, como las que hace Covarrubias acerca de *corona*, con *E* 3.525-527, y la atención se fija más en el presente; *columpio*, por ejemplo, los académicos lo describen primero como usado por “mozas y muchachos en los solazes” y dejan para un segundo momento la noticia de que es “juego muy antiguo” (con lo que resume lo que en el *Tesoro* aparecía en primer término acerca de las fiestas de los dioses con *G* 2.388-389, con otra noticia menos pertinente agregada con Servio). Algo semejante sucede en el artículo *máscara*, donde Covarrubias empezaba por *G* 2.385-387, sobre las costumbres de los antiguos pueblos itálicos, en la digresión sobre las antiguas fiestas de Baco<sup>12</sup>. A los académicos ya no les concierne Virgilio: “llámase la lengüeta *diente*” (así en el *Tesoro*, aludiendo a *E* 6.3-4 “Tum dente tenaci / anchora fundabat nav(e)s”), sino ver cómo un autor español, aquí Alonso de Ovalle en su *Historia del reino de Chile*, emplea el término (*v. q. alfanje, arrope*).

Su diccionario es menos enciclopédico y va camino de ser técnico: repite o agrega semas que hacen el sentido más concreto, y omite noticias extralingüísticas. Sirva de ejemplo el artículo *águila*, donde, además de la definición tradicional del tipo “es ave bien

<sup>11</sup> No ha de extrañar que la cosmología renovada alcance muy tarde a los diccionarios. Todavía para Moratín, Feijoo, Luzán, el sistema copernicano era una mera hipótesis; cf. N. GLENDINNING, *El siglo XVIII*, t. 4 de la *Historia de la literatura española*, ed. R.O. Jones, Ariel, Barcelona, 1973, p. 117. Covarrubias la consigna en el artículo *paradoxa* y en *Dicc. Aut.* se lee: “Los astrónomos la cuentan por el séptimo de los planetas, por ser su orbe el inferior de todos, y el más cercano a la tierra”.

<sup>12</sup> El orden español-latín lo sigue Covarrubias más bien en los artículos en que el nexo entre el juego actual y el antiguo es más problemático, como en el caso de *coscogita*, que describe primero como “juego de muchachos”, y relaciona luego con el *ludus ampusae* (cf. Du Cange) y con el juego que describe *G* 2.383-384.

conocida", se repite con Plinio la distinción de seis tipos de águilas y la alusión a su vista agudísima, pero de la larga descripción del *Tesoro* de cómo el águila arrebató al dragón (*E* 11.751-756) o se abalanza sobre los cisnes (*ibid.* 1.393-395) sólo queda un lacónico resumen. De otros artículos, muy extensos en el *Tesoro*, como el de *grulla*, se conservan las noticias zoológicas, y se suprimen las consideraciones filosóficas acerca de su vuelo, que Covarrubias hacía, aduciendo el escrito pseudovirgiliano *Littera Pythagorae*.

De los artículos referidos a las ciencias naturales, muchos tienen en común con el *Tesoro* las noticias sacadas de Dioscórides (y en especial de "Laguna sobre Dioscórides") de Plinio, de la *Agricultura cristiana* de Gabriel Alonso de Herrera, del que es conocida la pluralidad de las fuentes junto a la observación directa; pero *Dicc. Aut.* los amplía con otras citas, en especial las de la traducción de Plinio (cf. *s.v. ciruela, gorgajo*), y más en cuanto que Huerta suplía expresamente los nombres españoles (cf. *s.v. mochuelo*). Lo mismo diremos para la medicina, la astronomía, la matemática y otros saberes positivos, cuyas terminologías habían pasado también como neologismos a las clases cultas o medianamente cultas (recuérdese cómo Don Quijote se diferenciaba de Sancho en el pasaje que *Dicc. Aut.* cita *s.v. equinoccio*: "Tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, etc.").

La renuncia a las citas virgilianas, por otra parte, no ha de entenderse como la eliminación de unos elementos que se hubiesen agregado como adorno, aunque esto podría suponerse en algunos casos, como en el del artículo *naranja*, que *Dicc. Aut.* ilustra por "Laguna sobre Dioscórides" y por G. A. de Herrera, mientras que Covarrubias aducía *B* 3.70-71 "Quod potui vero silvestri ex arbore lecta / aurea mala decem misi, eras altera mittam", más propio para inspirar una letrilla de Lope que para explicar el sentido, por lo demás conocido, de la palabra.

En la mayoría de los casos, Virgilio, que, junto a otros autores clásicos, había estado presente como el que más en la lexicografía desde antiguo (piénsese en el *Compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo, en las *Etimologías* de Isidoro) y que ya en la Edad Media gozaba de la reputación de "científico" (véase en el *Tesoro*, por ejemplo, *G* 1.208-209 *s.v. equinoccio*), contribuía con noticias específicas y/o con descripciones muy eficaces, como sólo él sabía hacerlo como poeta y como conocedor de la naturaleza, indicando la nota más saliente (cf. *G* 1.120 "amaris int(i)ba fibris" *Teso-*

ro, s.v. *endibia*), la fenomenología, la relación con el hombre (cf. s.v. *cigarra*, relacionada con el estío en *B* 2.12-13 “At mecum raucis tua dum vestigia lustro, / sole sub ardentis resonant arbusta cicadis”).

Los poetas de todos los tiempos reconocen la maestría virgiliana en este ámbito; piénsese en Mena, *Laberinto* 172ad:

Nin la corneja non anda señera  
por el arena seca passeando,  
con su cabeça su cuerpo bañando  
por ocupar la lluvia que espera

donde el autor se hace eco de un pasaje reflejado también en el *Tesoro*, *G* 1.388-389: “tum cornix plena pluviam vocat improba voce/ et sola in sicca secum spatiatur harena”.

Sirvan para la comparación tres de las descripciones “objetivas” que ahora se hallan en *Dice. Aut.* y las subjetivas de Virgilio (decimos subjetivas por la participación del poeta ya sea como persona o como artista), sacada del ámbito animal, vegetal y atmosférico:

*cerceta*

Especie de ánade... críase y habita en las orillas del mar, ríos, estanques y lagunas.

*G* 1.362-363 Cumque marinae/  
insicco ludunt fulicae.

*espinas*

“Laguna sobre Dioscórides”: encima de cada tallo se ve una cabeza algo luenga, toda llena de espinas, y semejante al erizo.

*B* 5.39 Cardus et spinis surgit  
paliurus acutis.

*melocotón*

*G. A.* de Herrera: Fruta muy parecida al durazno, del cual se diferencia en ser más blando, tierno y suave.

*B* 2.51 Ipse ego cana legam  
tenera lanugine mala.

*añublo*

*id.*: Y el añublo es muy más contrario a la cebada que a cualquiera otra fuente de pan.

*G* 1.150 Mox et frumentis  
labor additus, ut mala  
culmos/esset robigo.

*S. v. ajo* la explicación “socorro grande de la gente trabajadora” pasa del *Tesoro* a *Dice. Aut.* ahora con la autoridad de Galeno; pero queda suprimida la escena campestre que incluye la glorificación del vegetal, o sea *B* 2.10-11:

Thestylis, et rapido fessis messoribus aestu  
allia serpillumque herbas contundit olentes.

Con razón podemos decir que en los artículos citados (y en otros muchos que originalmente contenían citas virgilianas o de poetas clásicos), se han suprimido las imágenes, con un efecto que podría compararse a la eliminación de los cuadros de un magnífico pintor de un diccionario que los tuviera.

Por otra parte, al remplazar las citas virgilianas en otros artículos por citas españolas sacadas de la literatura del Siglo de Oro, *Dice. Aut.* prosigue en la misma línea del conglomerado de nomenclaturas y florilegios literarios. Ya Covarrubias había incluido junto a las citas virgilianas a algunos autores modernos, Garcilaso (*s. v. aplacar y hurto*), Petrarca (*s. v. lecho*), Camoens (*s. v. costumbre*), que, a su vez, habían sido objeto de comentarios, y estaban consagrados como modelos por considerarse sucesores de los clásicos, tanto para la *copia rerum* como para la *copia verborum*.

Bajo la *copia rerum* pondremos coincidencias con Virgilio en virtud de la cultura humanista de los escritores hispánicos. Así Quevedo, *s. v. ánsar*:

Quando del ánsar de oro las parleras  
alas, y los prophéticos graznidos  
siendo más admiradas que creídas  
advirtieron de Francia las banderas,

que se corresponde (lo demuestra el oro de las alas) con *E* 8.655-656:

Atque hic auratis volitans argenteus anser  
porticibus gallos in limine adesse canebat.

Si Covarrubias citaba *B* 7.61-62 como forma consagrada que se había hecho canónica entre los mitógrafos para indicar la relación de las distintas plantas con los dioses, *Dice. Aut.* registra la noticia escueta por el testimonio de Hernán Núñez, el Comendador Griego, sobre el *Laberinto* o *Trescientas* de Juan de Mena: “Son consagrados a la diosa Venus entre los árboles los arrayanes”.

La continuidad de las supersticiones, por otra parte, hace que en la cita de Salas Barbadillo en *Coronas del Parnaso* aparezca como “infausta” la corneja, posiblemente en obsequio a Virgilio en *B* 9.14-16 “. . . sinistra . . . cornix” (así en el *Tesoro*).

Vuelven a aparecer también los contenidos simbólicos, tantas veces realizados por Covarrubias allí, y antes en los *Emblemas morales*, como aplicación y adaptación cumbre de las palabras del Poeta latino a las ideas e ideales de la época. Compárese *B* 9.35, citado por el canónigo conquense *s.v. ganso* y el pasaje de la *Vida de Cristo* de Fonseca, aducido por *Dice. Aut.*: “Entre tantos cantores no es razón que venga yo a enmudecer, aunque sea como ánsar entre los cisnes”, (que de paso ilustra cómo el simbolismo negativo específico es comprensible en español sólo si se aduce en relación con otro positivo del mismo ámbito)<sup>13</sup>. Significativo es también que a la abeja, objeto en el *Tesoro* de un largo artículo con citas de *G* 4.197-201 y 158-169 sobre sus costumbres, se le asigne ahora un papel heráldico, citando de la *Corona trágica* de Lope: “de vuestras armas las abejas”.

Bajo la *copia verborum*, aunque no podía separarse de la *copia rerum*, pondremos estos otros ejemplos, dos en verso y uno en prosa, que ilustran el ideal de la elegancia, que *Dice. Aut.* cifra en las letras españolas, como ya había hecho el *Tesoro* en las latinas. A saber:

*alheña*

Lope, *Jerusalén*: De azules hojas,  
blancas y encarnadas/ mosquetas,  
margaritas, flor de alheñas,/  
y sanguinas con venas coloradas.

*B* 2.18 Alba ligustra cadunt,  
vac(c)inia nigra leguntur.

*espuma*

Góngora, *Polifemo*: Nympha, de  
Doris hija la más bella,/ adora,  
que vio el reino de la espuma.

*E* 3.567 Ter scopuli clamorem  
inter cava sexa dedere;/ ter  
spumam elisam et rorantia  
vidimus astra.

*granizo*

Luis Muñoz, *Vida de Fray Luis  
de Granada*: Esforzáronse los  
vientos con tan furiosa lluvia,  
granizo y relámpagos, que pare-  
cía haberse desquiciado el Orbe.

*G* 1.449 Crepitans salit horrida  
grando.

<sup>13</sup> *V.q.* JUAN DEL ENCINA, *Égloga virgiliana* 9.46-47.

La comparación nos llevaría a consideraciones métricas, morfológicas, sintácticas, estilísticas en cuanto que la palabra se hace poética por los adjetivos que la acompañan, por su posición en el verso, en el conjunto del pasaje o en la microestructura retórica. Aquí nos limitaremos a algunas observaciones sobre aspectos léxicos.

En cuanto al uso metafórico del nombre, podrían compararse en la línea que apuntábamos arriba de lo profano y lo sagrado, a saber: en el *Tesoro*, s.v. *madre* G 3.136 “genitale arvum”, y en *Dicc. Aut.* s.v. *thálamo* (2) “el vientre virginal de María Santísima” (con los himnos y la liturgia). Un punto de encuentro lo hallamos s.v. *apaciar* cuyo empleo traslaticio señalaba expresamente Covarrubias (con el *Calepino*), citando E 1.142 “Sic ait et dicto citius tumida aequora placat”, y a continuación a Garcilaso, *Cane*. 5.3-6, donde, sin embargo, dos palabras abstractas sirven de nexo con los nombres de seres inanimados; a saber:

tanto pudiese el son, que en un momento  
apacasse la ira  
del animoso viento,  
y la furia del mar y el movimiento.

En *Dicc. Aut.* se ha omitido la cita virgiliana como de costumbre, pero en el pasaje sacado de las *Rimas* de Félix de Arteaga “Serena aquel, aplaca este elemento”, la relación para con el complemento es directa, como en Virgilio<sup>14</sup>.

Otro punto de conjunción lo constituyen los epítetos, tanto los descriptivos de la cosa, que trascendían al lenguaje literario por ser los más adecuados, como los exornativos y propiamente poéticos, aunque también aquéllos venían avalados por la *elegantia* virgiliana. Entre los primeros hallamos *corvo*, tanto en el *Tesoro*, con G 1.170 y 494: “al arado damos el epíteto de corvo” como en *Dicc. Aut.*, con J. de Valdivieso en la *Vida de S. José*, cant. 3, 17:

<sup>14</sup> Para *gemir* no se da, como en el *Tesoro* s.v. *tórtola* y en el Comentario de Herrera *ad Egl.* 2.1129 la consonancia con un ave que presume conocimiento mitológico (B 1.58 “nec gemere aeria cessabit turtur ab ulmo”), sino la “In-fame turba de nocturnas aves,/ gimiendo tristes y volando graves” del *Polifemo* de Góngora. Otro ejemplo, sacado de la *Vida de Nuestra Señora* de Antonio de Mendoza, ilustra el “sonar y bramar las cosas inanimadas”; a saber: “Partía el campo la noche,/ y el crudo Boreas gimiendo,/ dexaba de tantos montes/ acreditado el asiento”. S.v. *gemir* ponía el *Tesoro* también E 6.413 “Gemuit sub pondere c(y)mba”.



“Domó la tierra con el corvo arado,/ hasta que la hizo dar mieses de oro”. Entre los otros está *cano*, que aún hoy el Diccionario académico registra como “figurado y poético”. *S.v. espuma* se lee en el *Tesoro*: “Danle a la espuma epíteto de blanca y de cana”, con una base de comparación en lat. *niveas*, tan de la lengua virgiliana<sup>15</sup>; en *Dice. Aut.* leemos: “Metaphóricamente lo usan (*cano*) los poetas para pintar la blancura de muchas cosas: como la nieve del monte, la espuma del mar u del caballo”. Otros epítetos serían *trémulo*, especialmente cuando se dice de la luz (cf. *E* 8.22), o *espumante*, que *Dice. Aut.*, sin antecedente en el *Tesoro*, ilustra con Antonio de Mendoza “como en el ponto espumante” (véase *E* 3.567 citado arriba).

Entre las palabras de posible ascendencia virgiliana que *Dice. Aut.* califica de “poéticas” e ilustra en autores españoles, se halla en primer lugar, el adjetivo ya citado *alma* con la observación “los poetas la trasladaron primero a nuestra lengua, y después algunos Autores la han recibido como propia; y no se debe excusar por lo significativo y sonoro de la voz”; siguen una cita de Gabriel del Corral en la traducción del latín del *Argenis*, de José de Pellicer, “alma hermana de Febo” y luego otras sobre la expresión casi lexicalizada *alma ciudad de Roma*.

Por la relatinización del término merece atención también *orco* en la acepción mitológica (“según fingían los poetas”) con la designación de “es voz poética”, para el que *Dice. Aut.* hubiese podido citar “Al Orco con Plutón los enviamos”, traducción de *E* 4.242 por Hernández. Covarrubias, que había aducido la cita virgiliana, presentaba, en cambio, la forma *huerco*, que en *Dicc. Aut.* se queda para las otras dos acepciones sacadas del *Tesoro*: “las andas que sirven para llevar a enterrar a un difunto” y “la persona que está siempre llorando”, que dan a entender cómo la palabra se había difundido en capas de la lengua distintas de la literaria.

*Teda*, que Covarrubias registraba como palabra que “los latinos muchas vezes toman . . . por las bodas” (con el Calepino y citando con él las palabras de Dido en *E* 4.18 “Si non pertaesum thalami t(h)aedaeque fuisset”), se admite ahora como lema: *teas maritales o nupciales*, con la especificación de “voz poética” y con citas españolas de Téjada, *León prodigioso*: “Sucediendo . . . , en vez de nupciales teas, fúnebres ardores” y de José de Villaviciosa en

<sup>15</sup> Junto con otros adjs. en *-eus*, que tampoco tuvieron mucha entrada en la lengua española; cf. *infra aureus* → *dorado*.

la *Mosquea*: “Que no es razón que olviden prendas tales/ las luces de las teas maritales” (aunque de otros textos citados se deduce que *tálamo*, que también había aparecido en el *Tesoro* pero sin cita virgiliana, es el cultismo más corriente).

La concomitancia de la voz patrimonial y la poética, o en el caso particular, de un arabismo y un latinismo, *arrayán* y *mirto*, que se evidencia en el artículo encabezado por aquél en el *Tesoro*, queda consagrada cuando *mirto* aparece como lema (aunque sea sólo para remitir a la voz patrimonial) y crea un problema semántico en la cita de la *Historia del Reino de Chile* de Alonso de Ovalle, “De la qual hasta el mar hay dos leguas de la más agradable y vistosa vega que se conoce, toda llena de myrtos y arrayanes”, que nos pone ante la disyuntiva: ¿afinidad, pero no sinonimia o efervescencia en el uso (pleonástico) del cultismo que de por sí sería una palabra poética<sup>16</sup>?

Para la designación del ambiente tenemos ahora *aura* (cf. *G* 4.417 “dulcis compositis spiravit crinibus aura”), descrito como “aire leve, suave, lo más blando y sutil del viento, que sin ímpetu se deja sentir”, y destacado con: “Es voz más usada en la poesía, y puramente latina”, con la cita de Quevedo: “La tierra estaba ufana, / y en aura blanda la adulaba el viento”, y el adjetivo *plácido* en Esquilache, *Rimas*: “Y del otoño plácido y sabroso” en la explicación: “quieto, sossegado y sin perturbación”, que lo separa definitivamente de la afinidad con *plaziente*, que habíamos visto en el *Tesoro* y antes en el *Lexicon* de Nebrija: “*placidas*: cosa plaziente”<sup>17</sup>.

Para la designación de los colores a los que está dedicada tanta parte de los adjetivos del Mantuano, aparece ahora *flavo* (cf. *G* 1.96 “flava Ceres”): “se aplica al color compuesto de verde, roxo y blanco, como es el del oro, el de la miel y de la paja”, y hasta *rútilo* (*G* 1.454 “rútilo. . . igni”): “se aplica al color rubio dorado” con Bernardo de Aldrete, *Orígenes de la lengua castellana*: “El rútilo, como quando sale el alba dorada, tirante al rosado reluciente”, aplicado aquí significativamente a la *aurora* (como en imitadores de Virgilio), y el derivado *rutilante*, “lo que resplandece y echa de sí rayos de luz”, ya no virgiliano (en cuyo léxico se

<sup>16</sup> La latinización del lenguaje hace que palabras que Covarrubias citaba como latinas aparezcan ahora como alternativas *s.v.* *garzota* (1) “ardeolas o garzotas”; en el *Tesoro* se citaba *ardea* como voz latina. Más avance se nota en los autores que en los propios lemas.

<sup>17</sup> Por el cruce entre *placere* y *placare* en latín eclesiástico.

halla, sin embargo, *E* 8.529 *rutilare*) y muy de la poesía barroca (con la consabida mediación respecto a Virgilio)<sup>18</sup>. Aquí la cita es la del *Laurel de Apolo* de Lope, “. . . cuando, porque baxaba/ la noche temerosa,/ y se mostró la rutilante Ossa”. *Áureo*, aunque presente en acepciones técnicas, no ha remplazado todavía a *dorado* o *de oro*.

Siguen faltando adjetivos que había empleado la poesía española en obsequio al modelo, como *muelle* (cf. Encina 7.111 “yerva más muelle que el sueño”); otros, como *lascivo*, *muelle* tienen aquí el sentido moral, que ya tenían en el *Tesoro*.

Sigue interpretándose un verbo como *resonar* por *derivatio*, en sus componentes: “hacer sonido por repercusión o sonar mucho”; con la distancia que ello supone para con su utilización en textos traducidos o imitados de Virgilio<sup>19</sup>.

Huelga reconocer, sin embargo, que el caudal de palabras que los académicos reúnen es mucho mayor que el del *Tesoro* (entre otras razones por no depender tanto del diccionario latino). Cabe, pues, aquí la última pregunta que planteábamos arriba: ¿hasta qué punto sirve más que el *Tesoro* para traducir las obras virgilianas al español?

Justamente porque va tanto más allá del *Tesoro* no podemos contestar sin emprender un estudio bastante más complejo del que hemos realizado con la obra de Covarrubias a la mano. Podríamos completar ciertos artículos muy sucintos por caer en la segunda parte del alfabeto; así bajo *pámpano* echamos de menos *G* 1.448: “heu male tum mitis defendet pampinus uvas” y *B* 7.58: “Liber pampineas invidit collibus umbras” con los que compararíamos ahora los versos del *Romancero espiritual* de José de Valdivieso:

Quando aquella vía que es vida  
tanto sus pámpanos tiende,  
que los racimos por tierra  
hizo el amor que revienten.

Agregamos aquí la ilustración de *rústico* (que en el *Tesoro* iba

<sup>18</sup> Como se ve por el ensayo de M. ROSA LIDA sobre “El amanecer mitológico en la poesía narrativa española”, ahora en *La tradición clásica en España*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 119-164, donde ninguna de las citas depende directamente de Virgilio.

<sup>19</sup> Lo facilitaba el hecho de emplearse también la forma simple *sonar*, aunque en las versiones de Virgilio (cf. *B* 1.5) se impuso pronto *resonar*.

sin citas); está sacada del *Cancionero* de Juan del Encina, como reducción del tema bucólico al cancioneril: “Pluguiera a Dios que yo fuera/ esse rústico Pastor,/ porque'l falso del amor/ sujeto no me tuviera”<sup>20</sup>; y por otra parte, la de *helarse* (3) en Pedro de Rivadeneira: “Oyendo esto, Carino se heló y pasmó, y no pudo hablar más palabra” con los pasajes que citamos arriba al aludir a *aglayo*; podríamos agregar que dicho verbo representa un cambio respecto al *arrezido* medieval, en cuya sustitución pudo concurrir el uso clásico.

Por la poesía amorosa se documenta *tirano* en un sentido entre negativo y positivo: cf. “*tyrano* (3): se llama assimismo la passion de amor”; de la poesía pastoril refluían hacia el registro léxico palabras como “*avena*: instrumento músico. . . es voz poética” (cf. *B* 1.2 *et passim*), con la cita de un soneto de Góngora: “lacrymoso informante de su pena / en las cortezas que el aliso viste / en los suspiros cultos del avena”, y *fístula* (2) (cf. *B* 2.37 *et passim*), con Lope, *Philomena*: “en pastoriles fístulas y avenas” (donde no se sabe a ciencia cierta si el autor hacía una diferencia entre los dos instrumentos musicales bucólicos por antonomasia).

Por lo demás, no es sólo el ámbito de los latinismos el que aquí hallamos ampliado con posibilidades adicionales de traducir a Virgilio, sino el de las palabras corrientes, por el uso que se hace de ellas. Véase el verbo *entretexer*, ejemplificado en *Dice. Aut.* por Garcilaso, *Égl.* 2.648: “por quien ramos de lauro entretexiendo”; a cuyo propósito se nos viene a la memoria *B* 2.49 “casia atque aliis intexens suavibus herbis” e *ibid.* 5.31 “et foliis lentas intexere mollibus hastas”, y el verso que citaba Herrera *ad* Garcilaso *Égl.* 1.137: “y mi parra en otro olmo entretexida”, *G* 2.221 “Ille tibi laetis intexet vitibus ulmos”.

Podríamos volver aquí sobre *erizar*, recordando a Antonio de Guevara, *Vida de Marco Aurelio*, citado *s.v. castaña* (1): “el castaño erizado nos da las castañas sabrosas”, que nos trae a las mientes el *hirsutus* de *B* 7.53, que Covarrubias, al citar el verso virgiliano señalaba como epíteto propio de *castaña* (*hirsuto* aparece como lema en *Dice. Aut.*, pero aplicado a la piel del macho cabrío).

Una última consideración podríamos dedicarla a los refranes, entre los cuales entresacaríamos “abeja o ovejas, y piedra que trebeja”, que *Dice. Aut.* conserva del *Tesoro* con la explicación perti-

<sup>20</sup> Leemos *que'l* por el erróneo *qual*; el pasaje en la ed. de 1496 se encuentra en el F. 109v.

nente, referida a una vegetación y a una economía agrícola del todo similar a la descrita por el Mantuano.

Los académicos, como autores del primer diccionario de su corporación, quieren ofrecer a España un monumento del propio idioma en lo que consideran ser el apogeo de su florecimiento. Consciente o inconscientemente conservan más de los autores clásicos, y en particular Virgilio, de lo que a primera vista podría parecer. En la lengua y cultura españolas, y en las demás europeas, la herencia latina sobrevive, por más que se la quiera arrumbar.

MARGHERITA MORREALE  
Universidad de Padua